

El motivo de estas órdenes era la aproximación á la capital de un cuerpo expedicionario carlista, que, al mando de D. Juan Antonio Zaratiegui, acababa de invadir las Castillas, habiendo entrado en Segovia el 4 de Agosto. Madrid carecía de elementos para resistir una invasión, mayormente si se realizaba el plan de Zaratiegui, de reunirse con el ejército de D. Carlos á las puertas de la coronada villa, en cuyo caso tendria esta que sucumbir necesariamente. Conoció Espartero lo grave de la situación en que se hallaba el Gobierno, y poniéndose en marcha inmediatamente, llegó el día 11 por la tarde á Guadalajara con la caballería y la vanguardia, reuniéndose aquella noche el resto de sus fuerzas. Al día siguiente, adelantóse hasta Madrid con su escolta, y en el camino le salió al encuentro el general Seoane con el objeto de manifestarle los temores que abrigaba el Ministerio de que se insurreccionáran las tropas al entrar en la capital, y le insinuó la conveniencia de hacerles dar un rodeo y acantonarlas en los pueblos inmediatos.

Razones poderosas tenia Espartero para considerar fundados aquellos temores; sabía que los conspiradores de Madrid, los *jovellanistas* trabajaban con ahinco para sublevar el ejército de su mando y derrocar la situación creada por la revolución de 1836. Ya entre Daroca y Teruel se habian presentado emisarios encargados de preparar los ánimos, excitando el descontento de las tropas; persuadiéndolas que todas las penalidades que sufrían, la falta de paga y de vestuario, sus privaciones y miserias eran efecto de la ineptitud y malquerencia del Gobierno, y ganando á muchos de los oficiales de Estado Mayor y de la Guardia Real de infantería, que no se mostraron sordos á sus pérfidas insinuaciones. Enterado de las intrigas de aquellos emisarios, el conde de Luchana habia tenido que expulsarlos del cuartel general, no pudiendo desconocer el efecto deplorable que producian tales manejos. A pesar de estos antecedentes, confiaba en la lealtad y subordinación del ejército, y procuró tranquilizar á Seoane, convenciéndole de que seria en todo caso mucho más peligroso el rodeo que el paso de las tropas por dentro de Madrid.

En cuanto llegó Espartero á la capital, fué á presentarse á la reina Cristina, que estaba al parecer muy abatida, pero cobró ánimos y se alegró de verle: figurábase tal vez que el vencedor de Luchana venia á sacarla del *cautiverio* en que la tenían los liberales, en cuyo caso ya no seria menester que la amparase D. Carlos. Entre tanto, los agentes de los moderados acudían en tropel al ejército sembrando zizaña, diciendo que los ministros desconfiaban de él, y se oponían á que pasase por Madrid; y cuando llegó la orden de entrar, dijeron que el Gobierno habia tenido que

ceder á las instancias de la Reina y del General en jefe. De tal modo prepararon el terreno, que la mayoría de los oficiales se hallaban dispuestos á hacer alto en la plaza de Palacio, dar allí mismo el grito de insurreccion, y no moverse hasta conseguir la caída del Ministerio y la disolucion de las Córtes. El ejército entró en Madrid el 14, guardando el mayor orden, y desfiló por delante de Palacio, yendo á acantonarse en los pueblos de Pozuelo de Alarcon, Aravaca y el Pardo, sin que aquel dia ocurriese novedad, por haberse dado seguridades á los oficiales de que se trabajaba en la formacion de un nuevo ministerio.

El cuartel general quedó en Madrid, donde los conspiradores desplegaron toda su habilidad y diligencia para ganar la voluntad de Espartero, con quien tuvo Cristina varias y largas conferencias. "Cuantos medios se pusieron en juego para conseguir de Espartero que hiciese traicion á sus sentimientos, fueron vanos (dice Pirala); y no pudiendo arrancarle un asentimiento que todo lo hubiera facilitado, se echó mano de los medios ya concertados de sublevar la tropa, á trueque de entregar la capital á D. Carlos.,

En efecto, á los dos dias, el 16 de Agosto, acaeció un hecho escandaloso. Espartero acababa de dar la orden de marcha, y se disponia á salir de Madrid para el canton de Aravaca, huyendo de las intrigas con que le asediaban en la corte, cuando recibió aviso de que los oficiales de la brigada de la Guardia Real acantonada en Pozuelo de Alarcon se negaban á obedecer, habiendo declarado por escrito que *estaban resueltos á no seguir á la division, si antes no se cambiaba el Ministerio*. No se redujo á esto el escándalo. Evidentemente seducidos y engañados aquellos oficiales, á las reconvenciones de su jefe el brigadier D. Antonio Van-Halen contestaron, que lo mismo hacian en aquel momento los demás batallones, *con la anuencia del Conde de Luchana*.

Noticioso éste de un acto tan reprehensible por sí mismo, y todavía más criminal por el pretexto de la desobediencia y por la crítica ocasion en que se cometia, ordenó al comandante general de la division de la Guardia, Ribero, que marchase inmediatamente á sofocar en su origen aquel principio de insurreccion y á prevenir sus consecuencias, y el Conde mismo corrió al pueblo de Aravaca. Firmes en su resolucion los oficiales, la confirmaron en presencia de Ribero y del General en jefe, resignándose á ser separados de las filas, y marchando solos al punto que se les señaló á esperar las órdenes del Gobierno. Afortunadamente, y gracias á la prudencia y energía de los generales, las tropas permanecieron fieles á la disciplina,

y habiéndolas reunido Espartero, les manifestó la confianza que tenia en ellas para batir al enemigo sin necesidad de los oficiales, seguro de que los soldados sabrian cumplir con su deber. “¿ No es verdad, muchachos ?,” les dijo. — A lo que todos contestaron con el mayor entusiasmo : — “ Sí, mi general : hasta morir !,”

En el acto promovió Espartero á subtenientes á los sargentos primeros , y á este empleo á los segundos, y pidió al Gobierno diez y seis cruces de Isabel II para distribuir las entre los soldados de la brigada; y á fin de alejarse cuanto antes de aquel foco de intrigas y conspiraciones, se trasladó en seguida con su division á Torrelaguna. Las fuerzas expedicionarias de Zaratiegui acababan de abandonar á Segovia, dirigiéndose á Peñaranda, despues de haber tenido un encuentro en Las Rozas con las del general Mendez Vigo, que las obligó á retirarse.

Despues de los sucesos de Pozuelo y Aravaca , no dejaron tranquilo á Espartero los conspiradores de Madrid. Empeñados en comprometerle, atrayéndole á su partido, propusieronle para ministro de la Guerra, cargo que el general habia renunciado antes, y renunció despues dos veces, no queriendo mezclarse en las luchas políticas. El Ministerio Calatrava se retiró, convencido de su impopularidad, que era grande, sobre todo en el ejército ; pero descontentos los moderados de la nueva combinacion ministerial, insistieron en su propósito de insurreccionar las tropas, atraerlas á Madrid y llevar á cabo la deseada contrarevolucion ; no faltando quien tuviese la audacia de proponerlo al Conde de Luchana en Torrelaguna, pidiéndole que fuese á concluir con las Córtes y con la libertad de imprenta. En presencia de los generales Ribero y Van-Halen, rechazó Espartero indignado semejantes proposiciones, y luego despidió de su E. M. al coronel Mazarredo y á otros tres oficiales , á pesar de que habia intercedido con el Gobierno en favor de los demás subordinados en Pozuelo, que se mostraron pesarosos y arrepentidos de su falta.

¿ Cuál era la causa de estos atentados contra la disciplina militar, contra el órden, contra la autoridad, y acaso la de otros hechos más graves con que en aquellos dias se deshonraba una parte del ejército ?

Antes de las ocurrencias de Pozuelo y Aravaca , el 6 de Agosto , habia dicho D. Agustin Argüelles en el Congreso, aludiendo á los misterios de la situacion.

“ Es menester que el gobierno que *ha de suceder* á los actuales ministros comience por decir, que *la Reina no está bajo influencias extrañas* ; que gobierna como regente y con el consejo solo de sus ministros responsables, para que tenga su gobierno la fuerza que tanto se reclama hoy; en suma que S. M. *no se halla supeditada por cama-*

rillas, cuyos elementos son carlistas, influencias extranjeras, y los elementos que producen las revoluciones y las reformas. Yo tengo presente la época de 1823, y aunque las circunstancias han variado en la apariencia, no han variado en el fondo.»

¡Triste declaracion, por nadie desmentida entonces ni despues, y antes bien confirmada por muchos moderados! — “La corte, dice un escritor de estas ideas, que no podia olvidar los insultos de la Granja, ni perdonar la preponderancia del elemento popular en el recién promulgado código, protegía los planes de los *jovellanistas* <sup>1</sup>.”

¿Y qué planes eran estos? Sin duda, juzgando por los hechos, no eran otros que los de desquiciar la sociedad, introduciendo la peor de las anarquías, para entronizar el despotismo sobre las ruinas de la patria.

### III.

Todo era necesario para desagaviar á la reina Cristina; todo, empezando por el descrédito de esta señora; que no otra cosa, alcanzan los gobernantes, aunque sean reyes, cuando proceden con ingratitud y falsía.

Las insurrecciones militares fueron demasiado frecuentes aquel verano para que pueda considerárselas casuales, y no efectos de un plan concertado. Agentes carlistas y agentes cristinos bullian entre las mal atendidas tropas del ejército del Norte, suscitando unos y otros, aunque con distintos fines, conflictos y desórdenes. Comenzaron estos apenas partió de las Provincias la expedicion de D. Carlos, y se desataron con sangrienta furia, escogiendo las víctimas, en cuanto faltó de allí el general Espartero.

El 21 de Junio, los flanqueadores que estaban en Pamplona, salieron por las calles alborotando y acuchillando á cuantas personas encontraban.

En la tarde del 24, despues de algunos choques habidos el dia anterior entre los soldados y el paisanaje, se sublevó en Logroño el segundo batallon de Castilla y

<sup>1</sup> RICO Y AMAT. Obra citada.

«Tal era el estado de las cosas á los dos meses, aun no cumplidos, de jurada aquella Constitucion, *bandera de paz y de concordia, que daba á la prerogativa real cuanta fuerza necesita para mantener el orden, aceptada á la faz del cielo y de la tierra, despues de la cual no prevalecerian ni la alevosia de la intriga, ni la contraposicion de opiniones y de intereses.*»—F. DE LOS RIOS.—*Olózaga.*

otras fuerzas que habia de guarnicion en aquella ciudad. El general Alaix, que estaba entonces procesado, accediendo á los ruegos del jefe político y de algunas personas influyentes en la poblacion, salió á contener á los amotinados, que comenzaban á entregarse al pillaje, y consiguió apaciguarlos. Pero recibió aviso por la noche de que la tropa *habia sido nuevamente instigada* para sublevarse, comenzando por atentar contra su vida. Entonces Alaix ejecutó una accion valiente y afortunada: se presentó á la puerta de los cuarteles; mando llamar una á una las compañías, y á medida que iban bajando, les hacia echar armas al hombro y las enviaba fuera de Logroño, donde las aguardaba el comandante general. De este modo, un hombre solo despidió toda la guarnicion: en seguida convocó la Guardia nacional, y cerrando las puertas de la ciudad, dispuso que desde las murallas se hiciese fuego contra cualquier fuerza que se acercase.

Los legionarios ingleses se insurreccionaron en Lezo, el 3 de Julio, pidiendo los atrasos que se les debian, y negándose á marchar los escoceses á Astigarraga. El conde de Mirasol, que mandaba la division liberal corrió á San Sebastian donde se le proporcionaron recursos para pagar á los extranjeros, y pidió auxilios al cónsul de España en Bayona para acudir á las necesidades de las tropas españolas, que se mostraban descontentas. En la tarde del 4 marchó á Hernani, en cuya plaza encontró formados los batallones de la Princesa y uno del Infante. Las compañías de granaderos y cazadores de la Princesa se habian sublevado aquel dia y maltratado á un oficial pidiendo que se les pagase. Era ya de noche cuando, enterado el Conde, intentó restablecer la disciplina; pero fué desobedecido: un cazador le pegó un culatazo, y otros le hicieron fuego, cayendo muerto su primer ayudante D. Francisco Crook, y siendo heridos el general Rendon, un capitán de artillería y varios soldados. Sucedió á esto un tumulto espantoso: entre el estruendo de los tiros, resonaban los gritos de ¡Viva Isabel II! ¡Viva la libertad! ¡Mueran los jefes traidores! — Mirasol echó mano de la artillería inglesa, y cercó la plaza, colocando las piezas en las bocacalles. En aquellos momentos se presentó el brigadier D. Leopoldo O'Donnell; su serenidad y sangre fria evitaron el horrible conflicto que amenazaba: se ofreció á reducir á los insurrectos, fué á ellos solo, consiguió hacerse oír, y le obedecieron <sup>1</sup>. Prestó un gran servicio, cuya importancia reconoció luego Espartero, pidiendo al Gobierno para el bizarro brigadier la faja de mariscal de campo.

<sup>1</sup> El conde de Mirasol dejó en el acto el mando, y aquella misma noche partió para Bayona, donde dió á luz un manifiesto, en el que hacia inculpaciones graves, algunas de las cuales alcanzaban á ciertos emisarios secretos de la corte. Por allí

El mismo día que acaecieron los desórdenes de Hernani, debía jurarse la Constitución en Bilbao; pero el júbilo se trocó en alarma y sobresalto, quedando suspendida la fiesta, porque el regimiento de Trujillo se negó á hacer el servicio, arrastrando con su mal ejemplo á casi toda la guarnición. En Portugalete y en Castrourdiales también se rebelaron las tropas á imitación de las de Bilbao.

Por todas partes cundía el espíritu de insubordinación en el ejército; pero aun no era llegada la hora de las grandes iniquidades y de los asesinatos premeditados. El día 15 de Agosto se acantonó en las inmediaciones de Miranda de Ebro el provincial de Segovia, procedente de Santander, donde había dado muestras de indisciplina, y volvió á rebelarse cometiendo excesos. El general D. Rafael Ceballos Escalera, nombrado por Espartero para sustituirle durante su ausencia, tenía establecido en Miranda su cuartel general: resuelto á reprimir la sedición, mandó arrestar á los que aparecieron más culpables entre los revoltosos; pero habiéndose ejecutado la orden, al anochecer del 16 se amotinaron los cómplices de los presos, sublevaron el regimiento, y corrieron á ponerlos en libertad, paseándolos en triunfo por las calles y gritando: "*¡Mueran los traidores que nos roban lo nuestro!*,"— En seguida se dirigen tumultuosamente al alojamiento del general, fuerzan las puertas, y allí, como dijo después el Conde de Luchana, unos cuantos asesinos, vendidos á los agentes de D. Carlos, clavaron el alevoso puñal en el corazón de un hijo predilecto de la patria... Muerto Escalera, las turbas registran y saquean su casa buscando los caudales que creían atesorados por el general, y encuentran *diez y seis* duros; en vista de lo cual, y pretendiendo justificar su horrendo crimen, pasearon las calles ostentando en las puntas de las bayonetas unos periódicos de Madrid, según los cuales se habían enviado á las tropas grandes remesas de dinero. — Nada hicieron los oficiales para impedir aquel criminal atentado: unos por cobardía, otros por complicidad.—Calmada la furia de los sediciosos, el barón de Carondelet se hizo obedecer de aquella gente y marchó con ella á la Puebla.

La noticia de lo ocurrido en Miranda llegó á Vitoria el 17, y causó profunda indignación y alarma. Por la noche, algunos grupos de soldados y paisanos que les instigaban se lanzaron á las calles disparando tiros y dando gritos sediciosos. Era

andaba entonces el célebre Aviraneta, muy desviado ya de los exaltados, y en relaciones íntimas con D. Pio Pita Pizarro, á quien Cristina dispensaba su confianza en asuntos reservados. Aviraneta rechazó los cargos del Conde, con motivo de los sucesos de Hernani, los cuales deben atribuirse á instigaciones de los carlistas; pero era desgracia de aquel sujeto encontrarse siempre donde había conspiraciones y motines.

aquello una rebelion premeditada. El gobernador militar, D. Liborio Gonzalez, tomó al punto las debidas precauciones, pero no encontró apoyo en los demás jefes; y viendo crecer el tumulto, se refugió en casa de Zurbano, á quien aclamaban los insurrectos. Allí fueron á buscarle, y confundiendo con él á un ayudante suyo, cómplice en la conspiracion, le asesinaron: en seguida fué muerto el gobernador.

Pero esto no era más que el principio de la obra concebida en los tenebreros conciliábulos del crimen. Estaba meditado el plan y escogidas las víctimas: se habia formado una lista... y á la macilenta luz de la luna que daba á los asesinos ese color siniestro que hace más horrible su aspecto, se les veia leyendo en el sucio y ya ensangrentado papel los nombres de los que estaban condenados á morir como traidores, cuando no tenian otro delito que ser liberales honrados, habiendo algunos que toda su vida fué un continuo martirio por la libertad <sup>1</sup>.

El jefe de la plana mayor, Lopez; el presidente de la Diputacion, Arandia; el diputado Cano, anciano respetable y liberal consecuente; Aldama, redactor del *Boletín oficial* y otros fueron sucesiva y cruelmente asesinados y saqueadas sus casas en aquella fatídica noche, mientras que abandonadas las puertas de la plaza, se acercaban á acometerla los carlistas, que no podian ignorar lo que dentro pasaba.

Y estos atentados vandálicos se cometian á los gritos de “¡Viva Isabel II y la Constitucion!”, y mezclando á ellos los de ¡Viva Zurbano y Alaix, y mueran los traidores!”,

¿Quiénes eran los traidores, sino los que movian á los asesinos y desorganizaban el ejército, sirviendo de instrumentos á los planes de los carlistas y de sus aliados?

Para contentar á la soldadesca, se impuso al dia siguiente á la ciudad una derrama de cuarenta mil duros, que al cabo de una hora fueron aprontados; y temiendo que en la noche siguiente se repitieran los excesos criminales de aquellas tropas, se hizo salir para Peñacerrada los batallones de Zurbano y de Almansa; pero quedaron impunes los delitos y subsistente el mal ejemplo.

Los sangrientos motines de Miranda y Vitoria coincidieron en fechas con la rebelion de los oficiales de la Guardia Real en Pozuelo de Alarcon. La coincidencia era casual; los pretextos diferentes; los móviles unos mismos en el fondo, aunque fuesen distintos los instrumentos y los fines.

Pocos dias despues, el 26 de Agosto, los cuerpos francos de Navarra, compuestos de individuos que, en su mayor parte, habian pertenecido á las filas carlistas, pa-

<sup>1</sup> PIRALA. Obra citada.

sando por delante de Pamplona, sorprendieron la guardia de la Puerta Nueva, relevaron las centinelas de la muralla, colocaron un piquete en casa del general Sarsfield, y en breve tiempo se hicieron dueños de la plaza sin encontrar el menor obstáculo.

Estos cuerpos, que consistían en dos batallones de tiradores y un escuadrón de flanqueadores, hacia algún tiempo que se mostraban disgustados, porque no se les permitía entrar en Pamplona. Cuando llegaron á las puertas de la ciudad, venían ya en sedición declarada, habiendo separado á los más de los oficiales, y siendo secundados por otros, entre ellos el coronel D. Leon Iriarte, que marchaba á la cabeza de la brigada. Este coronel habia firmado un documento en el que se comprometía con otros á llevar á cabo una conspiración, que tenia por objeto proclamar la independencia de Navarra. Los jefes visibles del movimiento eran, sin embargo, los sargentos.

El golpe estaba preparado por la intriga, y se aprovechó para darlo la ocasión oportuna de hallarse ausente en operaciones D. Martín José Iriarte, que tenia á su cargo la capitania general de la provincia, por estar enfermo el anciano conde de Sarsfield.

Enseñoreados de la plaza, los sediciosos nombraron una comisión de sargentos, que instalándose en la Casa de la ciudad, mandó comparecer al Ayuntamiento, parte de la Diputación y algunas personas pudientes, así como también al coronel jefe de la plana mayor D. Anastasio Mendivil y al desgraciado general Sarsfield. En aquella junta se quejaron los sargentos de la aversión con que, decían, se trataba á los cuerpos francos; pidieron que se les diesen las pagas vencidas y se les asegurasen las venideras; declararon que estaban resueltos á quedarse ellos de guarnición, y á mandar é intervenir en los negocios públicos; y concluyeron por exigir desde luego una derrama de dinero. Nadie se atrevió á replicar á estas intimaciones insolentes, sostenidas en la calle por la soldadesca feroz y desenfrenada, excepto Mendivil, que contestó á los sediciosos reprobando enérgicamente su conducta.

Levantada la sesión, y mientras se procedía al reparto de la derrama, bajó Sarsfield de la Casa consistorial, y montó á caballo para retirarse á su domicilio: entonces las turbas comenzaron á insultarle de palabra, y le siguieron hostigando al caballo para que corriese, y gritando que el general quería escaparse. La Milicia nacional se habia puesto sobre las armas, y hacia lo posible para mantener el orden. Una patrulla de esta fuerza, al mando de un oficial, protegió á Sarsfield, lle-



vándole no sin dificultad hasta la plaza de la Constitucion, y haciéndole entrar en una casa particular. Pero entonces se agolparon á ella los perseguidores del anciano general, disparando algunos tiros; los nacionales defendieron la entrada; eran pocos y fueron arrollados: unos cuantos tiradores entraron á la casa, y siguiendo á Sarsfield hasta el cuarto piso, le alcanzaron y le cosieron á bayonetazos. El oficial de nacionales que le acompañaba pudo escaparse por los tejados.

Los asesinos bajaron arrastrando hasta el centro de la plaza el cadáver del general, y le dejaron allí completamente desnudo, expuesto á los indecentes ultrajes del populacho feroz, entre el que figuraban algunas impúdicas mujeres. Dos horas despues fué trasladado al hospital en una escalera de mano.

Las turbas corrieron, entre tanto, á casa del coronel Mendivil, á quien asesinaron de igual modo, sacando á la calle su cadáver, destruyendo los muebles y los papeles de sumarias, cuentas y documentos que habia en su oficina. La casa de Sarsfield fué saqueada. Varios sujetos particulares sucumbieron tambien aquella tarde y noche bajo el puñal de los sicarios; y durante más de un mes quedó la ciudad casi á disposicion de los cuerpos francos.

Tal es la relacion sucinta de las insurrecciones militares acaecidas durante los meses de Junio, Julio y Agosto de 1837: algunas otras menos importantes habian ocurrido en Mayo. Todas quedaron impunes por entonces; y sin embargo, cuando más quebrantada estaba la disciplina del ejército, cuando mayores eran sus apuros y necesidades, los motines cesaron de repente; lo cual, si otras pruebas faltáran, indicaria por sí solo que aquellas turbulencias criminales obedecian á extrañas sugerencias.

Habia, es verdad, en el ejército y en el país grandes motivos de descontento; siendo el principal de ellos esa calamidad endémica española, que despues se ha llamado *cuestion de Hacienda*, gravísima entónces, más que nunca, por el estado deplorable en que se hallaba la nacion y por las enormes cargas que imponia la guerra. ¿Cómo era posible cubrir las atenciones de un ejército de 220,000 hombres, con todo el material necesario en tiempo de campaña, estando el país pobre y continuamente devastado por las facciones? Porque es de advertir que estas pululaban en casi todas las provincias, metiéndose á carlistas todos los que tenian hambre y audacia para vivir del merodeo, ó lo que era peor, las recorrian en grandes masas, dejando en pos de sí la desolacion y la miseria.

En vano se esforzaba Mendizábal en plantear sus grandes planes de reforma, cu-

yo desarrollo solo con paz y tranquilidad podia realizarse. No existia la Hacienda propiamente hablando: toda su organizacion estaba en proyecto. El presupuesto de gastos de aquel año, hecha una reduccion de 400 millones, ascendia á 1,570, y los ingresos produjeron solamente 840, resultando un déficit de 730 millones. El haber de las obligaciones militares, desde 1.º de Octubre de 1836, á fin de Setiembre de 1837, importó 759.488,000 reales; y lo asignado por el Tesoro, en todo este tiempo, solo ascendió á 422.703.000. Se debian por consiguiente 336.785,000 reales.

De aquí las quejas de los militares, exacerbadas por la malignidad política; por el clamoreo de la prensa de oposicion, que maliciosamente suponía la existencia de grandes remesas de dinero, que nunca llegaban á su destino; y aun por la falta de tacto de algunos amigos del Gobierno y de los mismos ministros.

Argüelles, por ejemplo, decia un dia en el Congreso:

“El Gobierno reconoce... que en el dia tiene cien obligaciones que cumplir, y que solo puede satisfacer veinte. ¿Qué es, pues, lo que ha de hacer? Trampear... Salir del momento... Esto lo digo como exórdio, y para justificar los desatinos y disparates que conozco voy á decir.,”

Pero no dijo tantos como Mendizábal en menos palabras. Acosado por los que intencionadamente ó de buena fé le hacian cargos por los atrasos de los militares, contestó en un arranque de irreflexion:

“No hay cuerpo ni oficial que pueda decir que se le deben más de cuatro meses: y siendo así, el oficial que no se entregue al juego ó á otros placeres, *¿no tendria un ciento de onzas que llevar consigo?*”

Estas imprudentes palabras produjeron una tempestad en las tribunas; se apoderó de ellas la prensa, y acogió con fruicion las mil reclamaciones de los oficiales, que se consideraban ofendidos despues de mal pagados: hubo alguno que pidió satisfaccion al Ministro, y muchos se encontraron dispuestos, por esa y otras causas, á servir de instrumentos dóciles á los intrigantes políticos.

Cayó al fin el Ministerio Calatrava; le sucedió otro, y luego otros en brevisimo tiempo, sin que por esto mejorase, ni mucho menos, la situacion del ejército y del país: el mal tenia raices más profundas. Pero se calmaron algun tanto las pasiones, y poco despues quedó firmemente restablecida la disciplina militar, y satisfecha la vindicta pública, gracias á la energía del general Espartero, como veremos en su lugar.

## IV.

La tragicomedia de la expedicion *real* llegaba , entre tanto , á su desenlace. Despues del terrible encuentro de Herrera , en que fué destruida la division Buerens, los carlistas continuaron su movimiento por Lagueruela y Calamocha hasta Monreal ; pero en este punto se vieron obligados á retroceder hácia Albarracin para no encontrarse con el ejército del Conde de Luchana, que habiendo abandonado las cercanias de Madrid, se proponia efectuar su reunion con las fuerzas de Oráa, para caer juntos sobre los expedicionarios.

La persecucion activa que estos sufrían les llevó en precipitadas marchas , en cuatro dias, desde Orihuela del Tremedal hasta Cardenete y Buenache de Alarcon, al Sur de la provincia de Cuenca : no impidió, sin embargo, que en este punto se reuniese á la expedicion el incansable Cabrera con diez batallones y un regimiento de lanceros, que habia ido á recoger en Tortosa y otros puntos ; con cuyo poderoso refuerzo continuó aquella su ruta hacia Madrid , llegando á Tarancon el 10 de Setiembre, y hospedándose D. Carlos en casa de los padres de D. Fernando Muñoz, con quien estaba casada en secreto la Reina gobernadora.

El 11 pasaron el Tajo los expedicionarios, sirviéndoles de puente una balsa de pinos que bajaba casualmente por el rio , conducida por unos valencianos , y dirigiéndose por Belinchon y Fuentidueña á Arganda : en estos pueblos fueron muy festejados, particularmente en el último, donde hubo *Te-Deum*, repiques de campanas, colgaduras en los balcones y corrida de toros. Desde Tarancon se habia ofrecido á Palillos, Orejita y otros cabecillas de la Mancha, para que acudiesen con sus fuerzas á engrosar el ejército carlista ; pero fué interceptado el aviso , y quedó sin efecto aquella orden. Sin embargo, D. Carlos contaba con 20 batallones y 12 escuadrones para acometer la grande empresa de apoderarse de la capital desguarnecida, y el infante D. Sebastian avanzó con la vanguardia, presentándose en Vallecas á las once y media de la noche.

Casi á la misma hora que los carlistas pasaban el Tajo, lo efectuaba Espartero por el puente de Auñon, con veintiun batallones, aunque escasos de hombres, y unos ochocientos caballos, despues de habersele reunido la mermada division de Buerens

y la brigada de Iriarte, con cuyas fuerzas habia puesto á cubierto de un golpe de mano la ciudad de Cuenca. El ejército liberal entró aquella noche en Alcalá de Henares, y al anocheecer del dia siguiente emprendió su marcha sobre Madrid.

Durante aquellas veinticuatro horas fué sumamente crítica la situacion de la capital: tres batallones y otros tantos escuadrones próximamente eran toda la fuerza del ejército que habia dentro de sus débiles tapias. Madrid, dividido en nueve distritos, á cargo de otros tantos generales, solo podia contar para su defensa con la Milicia nacional, que se aprestó llena de entusiasmo á resistir al enemigo.

El grito de alarma resonó en el Congreso, despues de terminada la sesión del 11, que se celebró con la mayor calma y serenidad: los diputados se armaron de fusiles y cananas, organizándose militarmente; cenaron en el mismo salon de sesiones<sup>1</sup>, y un grupo de ellos salió á media noche á recorrer las avanzadas de la Milicia, haciendo el servicio de rondas. Olózaga túvo la honra singular de mandar esta fuerza, que llegó al amanecer á los afueras de la puerta de Atocha, á la vista de los carlistas, que estaban en el portazgo del camino de Vallecas. Al *¿quién vive?* de los puestos de la Milicia, daba Olózaga esta respuesta de un efecto mágico, por lo extraordinaria y solemne: *¡Diputados de la nacion!* Los milicianos, al oirla, vitoreaban á las Córtes constituyentes, y los diputados contestaban aclamando á la Milicia y al ejército.

Por la mañana el infante D. Francisco recorrió á caballo toda la línea; y por la tarde lo hizo la Reina gobernadora, enardeciendo con su presencia el entusiasmo de los defensores de la capital.

“Aquel dia, por lo menos, la reina Cristina no debió quejarse de *la preponderancia del elemento popular en el recién promulgado código*, cuando recorrió las filas de los batallones de milicia nacional, cuya fuerza, engrosada con el elemento popular, se elevaba á más de 16,000 hombres. De no tratarse entonces más que de quién habia de ejercer la monarquía *sola y pura*, de no haber milicia nacional, la Reina solo hu-

<sup>1</sup> «Una sola particularidad allí ocurrida bastará para que se forme idea de la tranquilidad de ánimo y hasta del buen humor que reinaba en el Congreso. Tenía el señor García Blanco, dignísimo eclesiástico, erudito profesor y celoso miembro de aquellas Córtes, una facilidad portentosa para remedar la actitud, las maneras, la entonacion, el estilo y hasta la voz de los oradores: empezó á las altas horas de la noche por imitar los discursos de algunos de sus compañeros; y rogado por todos, mudando de bancos y de puestos, acabó por figurar una sesión, en que hizo tomar parte á todos los diputados más conocidos, con una propiedad que asombraba á los mismos que hablaban por los labios de su imitador... El asunto de áquel donoso debate de un solo orador era sobre la situacion por que se estaba pasando, y la intencion una graciosísima sátira contra los enemigos de la libertad.»—FERNANDEZ DE LOS RIOS. Obra citada.